derse. «Temo no haberme explicado bien; temo que no me hayan comprendido; temo que me falte la contrición suficiente; temo pecar en todas mis acciones.» ¡Innumerables santos y hábiles confesores han trabajado y trabajan aún sin éxito en este vital asunto!

Muy dañosa. El escrúpulo conduce al disgusto del deber; el disgusto á la relajación; la relajación á la indiferencia; la indiferencia al abandono final no sólo de las prácticas de supererogación, sino aun de las obligaciones más importantes, y acontece á menudo que todo esto termina en la incredulidad ó en la locura.

Semejante desgracia es tanto más de temer, cuanto que el escrúpulo, llegando á cierto extremo, abarca el pasado, el presente y el porvenir: el pasado, por el temor de no haber hecho jamás buenas confesiones; el presente, por el temor de pecar en cuanto se piensa, se dice y se hace; el porvenir, por el temor exagerado de perder la vida eterna.

Socorrer á estas pobres almas y recordar á sus confesores la dirección de los maestros más experimentados en los caminos del espíritu, tal es el objeto de esta obra.

EL ESCRÚPULO

CAPÍTULO PRIMERO.

NATURALEZA Y CAUSAS DEL ESCRÚPULO.

Los mundanos imaginan que el escrúpulo es una delicadeza de conciencia que consiste en el temor al pecado verdadero y en evitarlo con diligencia; por eso llaman escrupulosos á los timoratos que se abstienen de ciertas faltas que ellos cometen con toda libertad, y evitan ciertos peligros que ellos afrontan sin temor alguno.

Pero se engañan: el escrúpulo no es, como suponen, la delicadeza de conciencia que evita diligentemente el pecado; es una aprensión vana; se funda en ligeros motivos que llenan de ansiedad la mente, haciéndola temer el pecado donde no existe.

El escrúpulo es como caballo espantadizo que,

viendo la sombra de un arbol, de una piedra ó de un tronco, se aparta, retrocede, se encabrita, no obedece al freno ni al acicate, como si viese un tigre ó un león próximo á devorarlo. Y por esta vana aprensión caballo y caballero se exponen al peligro real de caer en un precipicio.

Tal es el escrupuloso: espantado por sombras imaginarias, y temiendo sin razón alguna que tal ó cual acción, de suyo lícita y honesta, sea pecado grave, se llena de turbación y de inquietud. Dominado por sus agitaciones, no obedece al confesor que le dirige, ni á las personas ilustradas que le aconsejan, ni á los amigos que le reprenden. Y así, por el temor de un pecado aparente, se expone á cometer verdaderos pecados, y aun á precipitarse en el abismo.

El escrúpulo viene de muchas causas. En algunas procede del temperamento. Las complexiones linfáticas, frías y melancólicas son terreno feraz para producir esta suerte de espinos. Los de este temperamento son naturalmente asustadizos y pusilánimes; la menor apariencia de pecado les aterroriza; sombríos y taciturnos, el miedo trueca sus vanas aprensiones en ideas fijas. Necesítase, por tanto, el poder de Dios para libertarlos.

Acontece también que su conturbada imaginación les representa que en todo hay pecado; entonces pierden por completo la paz, y su vida es angustia perpetua y largo martirio.

Estas pobres almas deberían evitar con cuidado sumo los ayunos y las austeridades extremas, la soledad prolongada, el trato con gentes poco instruídas en materia de espíritu ó excesivamente timoratas. Si obran de otro modo, perderán el juicio ó harán que el confesor lo pierda.

Los escrúpulos que provienen de esta primera causa son difíciles de corregir; como no pueden abandonar su temperamento, estas pobres almas llevan siempre consigo la fuente de sus falsas ideas, sus temores, sutilezas y extravagancias.

El segundo origen de los escrúpulos es el demonio. Este implacable enemigo del género humano busca la manera de perder á los pobres hijos de Adán, tendiéndonos un doble lazo: la presunción y la desconfianza. En los unos, ensanchando la conciencia, destruye insensiblemente el sentido moral, y arroja á manos llenas semillas de incredulidad desastrosa.

Perdida ó debilitada la fe, la conciencia carece de todo freno conveniente; el alma es un navío sin timón y sin lastre, que se estrellará de seguro en cuantos escollos le salgan al paso.

Tal es la situación de esas multitudes de literatos é iliteratos que, señaladamente en estos tiempos, no conocen otra regla de conducta que los bajos instintos de la naturaleza corrompida, y beben el pecado cual si fuese vaso de agua fresca.

Mas en las almas generosas cuya fe no ha logrado obscurecer, cuya virtud ha resistido á sus ataques, el espíritu de la mentira obra entorpeciendo la conciencia por el temor excesivo. Entrando en la imaginación, la llena de fantasmas y tinieblas, de las que forma vanas aprensiones de pecado que engendran inquietudes continuas.

Despierta, además, en el apetito sensitivo, movimientos que son fuente de temores y de angustias. En este estado de obscuridad, de confusión y trastorno de todas las potencias, la pobre alma no halla donde reclinar su cabeza.

El demonio bien sabe lo que hace: por medio de los tormentos de la conciencia procura hacer enojosa la oración, la frecuencia de sacramentos é insoportable el servicio de Dios; y el alma, llena de disgusto, desconfía de todo, abandona el buen camino, comete verdaderos pecados y á veces llega á la desesperación.

Los escrúpulos que vienen del demonio pueden conocerse por estos signos: obscurecen la mente de un modo particular; producen amarga tristeza de corazón; hacen que el alma, combatida de mil maneras, imagine que Dios la abandona y que no habrá para ella paz ni remedio de sus males.

Son, además, intermitentes dichos escrúpulos, y carecen de caracter uniforme; ora acometen con energía, ora son remisos ó casi nulos en sus ataques, según que Dios alarga ó recoge la cadena al espíritu tentador.

Ese doble carácter distingue esta especie de escrúpulos de los que se originan del temperamento, pues los últimos casi son invariables, toda vez que la naturaleza obra siempre conforme á sus propios instintos.

CAPÍTULO II.

CAUSAS DEL ESCRÚPULO (CONTINUACIÓN).

La tercera causa de los escrúpulos es el mismo Dios, y en verdad no puede ser causa positiva, en cuanto que intente los errores y las falsas ideas de los escrupulosos; mes es bien causa negativa, en cuanto que retira su luz, con la cual el alma distinguiría claramente lo que es pecado de lo que no lo es, así como el sol produce las tinieblas cuando se oculta en el horizonte.

Así es como muchos santos se han visto grandemente atormentados por interiores angustias. San Buenaventura, por ejemplo, fué tan combatido por los escrúpulos, que algunas veces dejó de celebrar por varios días. San Ignacio, por la misma causa, resolvió abstenerse de todo alimento

hasta que Dios se dignase de apaciguar las terribles tempestades de su alma. Estuvo ocho días sin comer ni beber; pero increpado por su confesor, hubo de consentir en tomar alimentos y proceder en adelante con más prudencia.

Santa Lugarda fué igualmente atormentada por crueles escrúpulos; entre otras cosas, le acontecía repetir dos y tres veces la misma hora canónica, y á pesar de todos sus esfuerzos no quedaba tranquila ni satisfecha.

Pero el Dios misericordioso y justo permite este género de pruebas en las mejores almas, por muchas razones: la primera, para purificarlas de sus defectos, porque de justicia es que con excesivos temores satisfagan por la culpable libertad que concedieron antes al corazón y á los sentidos.

La segunda, con objeto de consolidar en el espíritu el temor á los pecados verdaderos por medio del exagerado temor á los aparentes. Es indudable que quien tiembla á la sombra de pecado, más ha de temblar á la vista de una falta cierta.

La tercera, para humillar el espíritu manteniéndolo en la poca estima de sí mismo. Nada es, en efecto, más humillante para alguno, sobre todo si es de clara inteligencia, como el verse ocupado, cual si fuese niño, en cosas que nada valen, sin poder desembarazarse de ellas. Entonces se ve y se palpa la profunda miseria.

La cuarta, para adquirir la paciencia, la abnegación del propio juicio y otras virtudes. En este estado de perplejidad, si quiere obrar con rectitud, el alma se ve obligada á someterse sin vacilación alguna al régimen de otro, á soportar con paciencia innumerables angustias, y á violentarse para proseguir en la práctica de la virtud.

Estos son los signos para conocer si los escrúpulos provienen de una especial permisión divina, para la purificación de las almas; mas como gozan de auxilios particulares, resulta que á pesar de sus escrúpulos, aun sin darse cuenta, continúan avanzando en el camino de la perfección. Se les ve además huyendo por doquiera del pecado y del peligro de cometerlo; son más obedientes que los otros escrupulosos, y más constantes en los ejercicios de piedad.

Por último, los escrupulosos de esta especie no son perpetuos: la agitación, el vaivén del espíritu produce el mismo efecto que la tempestad en los mares: cuando se han purificado de sus manchas y se afirman en ciertas virtudes, vienen poco á poco, y á veces muy presto, calma y tranquilidad plenísima.

Concluiremos este capítulo transcribiendo los consoladores párrafos siguientes de *El Espíritu de San Francisco de Sales:*

«Decís que desde que emprendisteis vida más ajustada os sobrevino multitud de escrúpulos que os roen y devoran; y vuestras imperfecciones, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

á juicio del confesor pueden compararse á los mosquitos, os parecen elefantes de pecado á causa de vuestra infidelidad á las gracias de Dios.

»No irritéis vuestra dolencia. El escrúpulo no hace más que enconar estas llagas restañándolas. Se complace en eso, pero al fin la comezón le atormenta. Es, sin embargo, de buen augurio que aparezcan cardos y espinas en terreno nuevamente desmontado: esto es claro indicio de su fuerza, y por consiguiente, de su futura fertilidad.

»Buen augurio es que el alma, al comenzar su vida devota, sea víctima de los escrúpulos: esto indica que la gracia imprimió grande odio al pecado, pues que su sombra basta para infundir espanto.

»Es signo de curación, puesto que después de gravísima fiebre sobrevino la inflamación de los labios; la naturaleza arroja fuera el calor que turbaba la armonía del temperamento y de los humores.

»Vos lo decís: «A pesar de todo, no pierdo de »vista la estrella hermosísima de la gracia ni aún »en medio de estas tempestades: aunque todo se »agite alrededor de mí; aunque la mar y los vien»tos produzcan tormentas y desastres, sufriré con »paciencia por amor de Dios; no hay en todo ello »más que un naufragio de caridad, del que me ate»morizo por lo frágil de mi naturaleza.» Y yo os aseguro que el temor es piloto excelente que sa-

brá vencer los escollos en el esquife de vuestro corazón.

»*El consejo de los consejos es tener quien con rectitud os aconseje.*

»Vuestra alma se encuentra en poder de un director cuyos labios guardan la ciencia y la salud. Si os sujetáis á sus sabias amonestaciones, muy presto os veréis libre de esas heridas que desgarran la conciencia; si no es así, me parecerá que hacéis bien permaneciendo en esas penas interiores, puesto que si queréis escaparos, nadie os impide que os alejéis por la puerta del buen consejo.»

CAPÍTULO III.

SEÑALES Y MOTIVOS DEL ESCRÚPULO.

LA CONFESIÓN.—SU PRIMERA CUALIDAD.

HAY muchas señales para conocer á los escrupulosos; he aquí las principales:

1.º Ser propenso á temer y dudar por motivos frívolos y sin fundamento alguno racional.

2.º Ser inconstante en esas dudas y temores, y cambiar de parecer sólo por apariencias ligeras, teniendo como lícito lo que antes se creía peca-

minoso, y, al contrario, por ilícito que se lo juzgaba indiferente.

3.º Experimentar en estas dudas y temores inquietudes, angustias y turbación de ánimo. Los remordimientos que vienen de Dios, por más que hieran el espíritu, no lo arrojan nunca en la ansiedad ni en las tinieblas.

4.º Si el que interrogado sobre el objeto de sus dudas responde que no encuentra pecado, y sin embargo teme y no se aventura á obrar.

5.º Mostrarse obstinado en su propio juicio; no tranquilizarse con los avisos de los doctos, ni aun con las enseñanzas del confesor, y terminar, después de todo, siguiendo el propio juicio.

Esta última señal es característica. San Francisco de Sales solía decir que los escrúpulos tienen su raíz en cierto orgullo fino y delicado que el Santo Doctor llamaba también *elixir del orgullo*, porque es tan sutil y desleído que engaña aun á sus víctimas.

Según el Bienaventurado Francisco, ved lo que acontece en los escrupulosos: «El que se encuentra atormentado por este roedor (que tanto trabajo cuesta exterminar de un alma) no se resuelve á descansar en el juicio de los prudentes; quiere, por el contrario, que su juicio predomine sobre el de los más hábiles. Mas si quisiera someterse y renunciar á su propio consejo, al punto quedaría curado.

»Si el texto de los divinos oráculos nos enseña que la desobediencia es un crimen semejante á la idolatría y al sortilegio, ¿qué decir de los escrupulosos que son idólatras de sus propios sentimientos, y de tal suerte adheridos á sus opiniones que se afirman en los malos propósitos á pesar de todas las amonestaciones y consejos?

»Cuando se les dice que sus temores son vanos lo toman á burla; creen que no se les entiende ó que no se explican bastante; y de todas maneras nunca quedan satisfechos.»

La confesión y la comunión son para los escrupulosos el principal objeto de sus penas é inquietudes. Y nada más propio para tranquilizarlos que las sólidas y consoladoras doctrinas de los maestros de espíritu. Almas escrupulosas y timoratas, recibid confiadamente estos consejos y vuestra curación será el premio de vuestra fidelidad.

En cuanto á la confesión, San Alfonso empieza por recordar el dogma católico y las condiciones necesarias para recibir dignamente el Sacramento de la Penitencia. El perdón de los pecados, el aumento de gracia para no volverlos á cometer, la paz del alma y la energía para la virtud, tales son los preciosos efectos de la confesión. Para que se produzcan debe tener tres cualidades: *integridad*, *contrición* y *sinceridad*.

La integridad consiste en que la acusación sea de todos los pecados mortales no confesados ó

mal confesados. Por lo mismo, la integridad supone el examen de conciencia. «El que tiene la costumbre de frecuentar los Sacramentos, continúa San Alfonso, no debe atormentar su memoria para descubrir el número de los pecados veniales. Más bien desearía yo que se examinara el origen de las aficiones terrestres y del tedio para las cosas de Dios. Al expresarme así, me refiero á los que van al confesonario con la cabeza llena de lo que han visto ú oído, y cantan siempre idéntica canción, acusando los mismos defectos, sin dolor y sin firme propósito de corregirse.

»Por lo demás, para los timoratos que se confiesan á menudo y evitan los pecados veniales de propósito deliberado, el examen no exige mucho tiempo. Si se tratase de pecados graves, tampoco es necesario atormentar la memoria, porque esas faltas por sí mismas se presentarán á sus ojos. Pueden haber cometido pecados veniales plenamente deliberados; pero los remordimientos no permitirán que se olviden.

»Además, no hay obligación de confesar todos los pecados veniales; y, por lo tanto, no se necesita hacer investigación exacta de su número y circunstancias. Y cuando no hay actualmente una materia cierta para la absolución, se debe de acusar cualquiera pecado de la vida pasada que más excite á la contrición. Puede decirse, por ejemplo: Me acuso en particular de todas las faltas de mi

vida pasada contra la caridad, la pureza y la obediencia.»

Acusarse, pues, de alguna de esas faltas sobre las que hay seguridad de arrepentirse, sin entrar en detalle alguno, basta para asegurar la validez de la absolución, que de otra manera sería nula por falta de contrición.

¡Qué consoladoras son á este respecto las siguientes palabras de San Francisco! «No os inquietéis de ninguna manera, dice, si no recordáis todas vuestras faltas pequeñas, porque *así como caéis á menudo sin apercibiros de ello, así también os levantáis frecuentemente sin percibirlo.*»

Las almas devotas, en efecto, obtienen el perdón de estas faltas ligeras por medio de sus actos de amor y otras buenas obras que tienen costumbre de practicar.

CAPÍTULO IV.

SEGUNDA CUALIDAD DE LA CONFESIÓN.

La contrición acompañada del propósito. Esta condición es esencial para obtener el perdón de los pecados. Las confesiones mejores no son las más largas, sino las más dolorosas. La prueba de una buena confesión,

dice San Gregorio, no consiste en el gran número de palabras del penitente, sino en el arrepentimiento que manifiesta. Mas todos aquellos que se confiesan á menudo y tienen horror aun á los pecados veniales, deben desechar toda duda sobre la contrición verdadera.

Sucede que se atormentan demasiado porque no la sienten. Quisieran acercarse siempre al confesonario con las lágrimas en los ojos y mil ternuras en el corazón; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, no lo consiguen á veces y viven inquietos sobre sus confesiones.

Pero deberían estar plenamente persuadidos de que la contrición no existe en el sentimiento, sino en la voluntad. En ésta reside todo el mérito de las virtudes. Por esto Gerson escribe hablando de la fe: «Algunas veces el que desea creer adquiere más mérito que muchos que poseen el don de la Fe.»

Antes que este escritor de espíritu, Santo Tomás, hablando expresamente de la contrición, aseguraba que «el dolor esencial y necesario para la confesión es el pesar del pecado cometido. Este dolor no está en la parte sensitiva, sino en la voluntad. El dolor sensible es un efecto del dolor de la voluntad, y no siempre puede obtenerse, porque la parte inferior del alma no sigue siempre con docilidad á la parte superior. Por tanto, la confesión será buena siempre que en la voluntad haya soberano arrepentimiento del pecado.»

Absteneos, pues, de los esfuerzos para obtener contrición sensible. Cuando se trata de actos interiores, debéis saber que son más aceptables los que se ejecutan con menos violencia y mayor suavidad. Porque el Espíritu Santo dispone todo con dulce suavidad. *Disponit omnia suaviter* (Sap. VIII, I.) Por eso el santo penitente Ezequiel decía hablando de sus faltas: *Experimento gran dolor, pero estoy en paz.*

Cuando queráis prepararos á la confesión, comenzad por pedir á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Virgen un verdadero dolor de vuestros pecados; hacer brevemente el examen, y para la contrición os bastará decir: «Dios mío, os amo sobre todas las cosas; espero, en virtud de la preciosa sangre de Jesucristo, vuestro hijo unigénito, el perdón de mis pecados; me arrepiento de todo corazón; no quisiera haberlos cometido, los detesto más que todas las cosas, sólo porque son ofensa vuestra. Uno mi dolor al de Jesucristo en el huerto de las olivas. Mediante vuestra gracia estoy resuelto á no ofenderos jamás.»

Siempre que *hubierais querido* tener voluntad verdadera (entendedlo bien, basta el deseo), al decir esas palabras podéis acercaros tranquilamente á recibir la absolución sin temores ni escrúpulos. Para quitar toda angustia respecto de la contrición, Santa Teresa de Jesús nos da otra señal

igualmente cierta: «Examinad, dice, si tenéis sincera resolución de no cometer las faltas que confesáis; si así fuere, ninguna duda debéis abrigar respecto de la contrición.»

Para que la confesión sea buena, el propósito debe ser *firme*, *universal* y *eficaz*.

1.º Debe ser firme. Algunos se dicen: no quisiera volver al pecado; no quisiera ofender á Dios. ¡Ah! Pero estos *quisiera* indican que el propósito no es firme. Para darle esta cualidad, se necesita decir con una voluntad resuelta: *no quiero* cometer este ó estos pecados; *no quiero* ofender á Dios con deliberado propósito.

2.º Debe ser universal, es decir, que el penitente deberá estar resuelto á evitar todos los pecados sin excepción alguna. Esto se refiere á los mortales. En cuanto á los veniales, para la validez del Sacramento, y tratándose de personas que no tienen falta grave que declarar, basta que se arrepientan de una sola especie de pecados y los confiesen con la voluntad de no recaer en ellos.

Los más adelantados en las vías del Señor deberían proponerse evitar todos los veniales deliberados. En cuanto á los indeliberados, como es imposible evitarlos todos, basta la voluntad de huir de ellos siempre que se pueda.

3.º El propósito ha de ser eficaz, es decir, que debe abrazar la resolución firme de poner los medios para no volver á los pecados, y sobre todo

de huir de las ocasiones próximas. Se llaman así las que ordinariamente dan origen á pecados graves, y también aquellas en las cuales, sin justa razón, se ha dado suficiente motivo para los pecados de otros.

En este caso no basta proponerse evitar el pecado; se necesita también tener la voluntad de huir de la ocasión: de otra manera todas las absoluciones que se reciban serán inválidas.

La razón de esto es que el no querer desechar las ocasiones próximas de pecados graves, es de suyo una falta mortal. De donde resulta que recibir la absolución sin la voluntad de evitar este género de ocasiones próximas, es un nuevo pecado grave y un sacrilegio.

CAPÍTULO V.

LA SINCERIDAD, TERCERA CUALIDAD DE LA CONFESIÓN. — RESPUESTA Á LAS DIFICULTADES.

Las ocasiones próximas de pecado son raras entre los virtuosos. Para ellos la tentación más funesta y más frecuente es de ocultar pecados en la confesión. Sucede que estas pobres almas caen desgraciadamente en un pecado grave, y al punto el demonio acrecienta

en ellos la vergüenza natural y la angustia para declararlo.

¡Ay! gran número de estas buenas almas, por esta maldita vergüenza, sufren y sufrirán eternamente los horrores del infierno, porque dominadas por el respeto humano, continuaron durante meses y años haciendo confesiones y comuniones sacrílegas.

Se lee en las crónicas de los Carmelitas que una joven de vida ejemplar tuvo la desgracia de cometer un pecado deshonesto. Tres veces lo ocultó en la confesión y las tres tuvo la osadía de acercarse á la Sagrada Mesa; pero inmediatamente después del último sacrilegio, le sobrevino de súbito la muerte. Por la fama de su santidad se la enterró honoríficamente en un templo. Cerrado apenas éste, al terminar los funerales, el confesor de esa desagraciada fué conducido por los ángeles cerca de la tumba; ésta se abrió, la difunta se incorporó, y herida en el cuello por los ángeles, arrojó en un cáliz preparado al efecto las tres hostias recibidas sacrílegamente y conservadas por milagro. En seguida los ángeles la despojaron de sus hábitos, y al punto la infeliz, tomando horribilísimo aspecto, desapareció arrebatada por dos demonios.

¿Cómo, pues, una alma que ha tenido la osadía de ofender gravemente á Dios, y que á causa de esto merece el infierno, podría encontrar excusa

ante el supremo Juez, si calló los pecados por la corta y despreciable confusión que había de experimentar acusándose una sola vez y á un solo sacerdote?

Si quiere ser perdonada y evitar las penas eternas, la confusión misma la prepara á ello. ¿No es por ventura justo que los que han menospreciado á Dios se confundan y sepan humillarse?

Tal fué la respuesta de la pecadora Adelaida al demonio. En el momento de convertirse resolvió hacer una buena confesión. Cuando se acercaba al sacerdote, el demonio le puso ante los ojos la vergüenza que experimentaría al confesar los pecados, y le dijo: «¿Adónde vas, Adelaida?» Y ella respondió con energía: «Á confundirme y á confundirte.» Á la vergüenza agrega el demonio mil embustes y temores vanos. Procuraremos destruir algunos.

—*Si acuso este pecado, me reprenderá el confesor.*—¿Y por qué os ha de reprender? Decidme, si fueseis confesor, ¿reprenderíais á la pobre alma que os descubriese sus miserias con la esperanza de que la levantaseis en su caída? ¿Cómo, pues, pensáis que el confesor, obligado por su ministerio á la más grande caridad con el penitente, os habría de reprender, os habría de atormentar con palabras rudas al decirle vuestro pecado?

—*Pero al menos el confesor se escandalizará y*

perderé para siempre su estimación.—¡Mentira! Vuestro confesor no será escandalizado, sino edificado, viendo vuestras disposiciones, á pesar de la vergüenza que experimentáis. ¿Y creéis que el confesor no habrá oído tantos pecados como los vuestros y quizá más vergonzosos?

No es verdad que perderéis su estimación; al contrario, os estimará mucho más, y os ayudará con mayor celo viendo la confianza con que descubrís ante sus ojos vuestra miseria y admirando las maravillas que la gracia opera en vuestro corazón.

—*Quiero confesarme, pero cuando se presente un sacerdote desconocido.*—¡Ay! ¿Qué decís?..... ¡Y entretanto queréis vivir en enemistad con Dios, en peligro de perderos para siempre y cercado por los remordimientos, que os destrozan el alma y no os dejan reposar de día ni de noche? Y todo por no decir estas dos palabras al confesor: «Padre mío, tuve la desgracia de caer en falta grave, pero no quiero desesperarme con ello.»

Decís: «Me confesaré con un sacerdote desconocido», y quizá, ¡qué horror! entretanto os acercáis á la Santa Mesa para ocultar el estado de vuestra alma. ¿Queréis, pues, agregar el sacrilegio á los pecados cometidos? ¿Y sabéis que tan horrible crimen es un sacrilegio?..... ¡Así el remedio que vuestro Salvador os había preparado con

su sangre preciosísima se convertirá para vos en veneno que produce la muerte eterna!

—*Pero yo me confesaré más tarde.....*—Y si sois castigado con muerte súbita, hoy tan frecuente, ¿qué será de vos por toda la eternidad?

CAPÍTULO VI.

RESPUESTA Á LAS DIFICULTADES (CONTINUACIÓN).

PERO *no tengo confianza en mi confesor.*—En tal caso debéis ir con otro. Los confesores fueron constituídos para las almas y no las almas para los sacerdotes. El escrúpulo de los escrupulosos es no atreverse á cambiar de confesor. Y todo el que quiera que hagáis escrúpulo de eso, merecerá que le abandonéis como escrupuloso. La virtud, como la verdad, se encuentra siempre entre dos extremos perjudiciales: cambiar de confesor por cualquier pretexto, ó no atreverse á cambiar nunca; dejar la confesión más bien que confesarse con otro sacerdote, son dos extremos reprensibles. Lo primero indica ligereza; lo segundo pusilanimidad. Y si me preguntáis cuál es lo más censurable é incómodo, os diré que lo segundo, en cuanto que me parece tener mucho de bajeza de alma, de temor humano, de

apego á la criatura y de espíritu de esclavitud tan contrario al de Dios, que está sólo donde se encuentra la santa libertad.

«Los que dan el consejo de no cambiar nunca de confesor son quizá los que menos lo practican; y el confesor que lleva á mal que se le deje por otros, no sólo debe ser abandonado, se debe huir de él como de un verdadero escollo contra la santa libertad de espíritu, de la cual debemos gloriarnos como uno de los más ricos dones de Jesucristo.»

Mas suponiendo que no pudieseis dirigiros á otro confesor, decidme: si tuvierais una llaga que pudiese causar la muerte si no fuera atendida con cuidado, ¿no llamaríais al punto al único médico que se pudiera encontrar, aunque fuese grande la confusión que habríais de sentir? Y para curar vuestra alma herida de muerte y para preservaros del infierno, ¿no os atreveréis á descubriros ante vuestro padre espiritual?

Por el amor de Jesucristo, tened valor y triunfad generosamente de esa vergüenza que el demonio os hace ver mayor de lo que en sí es. Apenas habréis comenzado vuestra confesión y se disiparán esos temores. Sabed que si obráis así, al volver del confesonario os sentiréis más feliz que si poseyeseis todos los bienes de la tierra. Encomendaos con filial ternura á la Santísima Virgen María; ella os ayudará á vencer toda repugnancia.

Si no tenéis valor de confesar vuestro pecado al principio, haced lo que voy aconsejaros. Decid al confesor: «Padre mío, ayudadme, porque tengo un pecado que no me atrevo á confesar.» El sacerdote encontrará pronto algún recurso para sacar de su guarida la bestia feroz que os devora; y esto sin gran pena de vuestra parte, porque os bastará responder sencillamente sí ó no.

Ved aquí otro medio: si no queréis decir de palabra vuestro pecado, escribidlo y entregadlo al confesor, diciendo: «Me acuso del pecado que habéis leído.» Y así no tendréis ya sobre vos el infierno eterno ni el infierno temporal; recobraréis la gracia de Dios, y con ella la paz del espíritu.

Sabed que cuanto más grande sea la violencia que os hagáis para venceros, mayor será la ternura con la cual Dios ha de estrecharos contra su corazón. El Padre Segneri cuenta que una religiosa hizo tantos esfuerzos para confesar ciertos pecados de la infancia, que se desmayó al acusarlos; mas en recompensa le dió Dios Nuestro Señor tanta compunción y caridad, que desde ese momento se dió del todo á la perfección, hizo grandes penitencias y murió en olor de santidad.

No quiero, sin embargo, que lo dicho sirva para inquietaros; porque me he referido sólo á los que tienen sobre la conciencia el peso de algunos pecados graves y *ciertos* que por la vergüenza no quieren confesar.